

Denzil Romero

El irreverente

Cristina Pulicastro

Denzil Romero ha sido, en términos generales, poco comprendido. Lo presumo por varios motivos. Uno de ellos es la etiqueta que se le ha puesto de novelista histórico. (¿Dónde queda la risa y la irreverencia del *burlaburlando*?) Y sí, puede que parte de su obra pueda ser responsable de ese rótulo, entendiendo, claro está, que se trata de la “nueva novela histórica”, cuestionadora y subversiva de la historia oficial. Pero aún así, insisto, la etiqueta de novelista histórico no da cuenta global de su propuesta estética ni de su obra como cuentista.

Y, como cuentista se reveló Denzil antes que como novelista. Los títulos de sus dos primeros libros: *Infundios* (1978) y *El invencionero*, (1980), son altamente significativos y anuncian sin preámbulos uno de los elementos capitales de la propuesta estética que sustentan. “Infundió”, según el diccionario de la real academia, es “mentira, patraña o noticia falsa, generalmente tendenciosa” e “invencionero”, además de inventor es “embustero, engañador”. De ahí se deduce que la verdad no se pretende como aspiración, y, si bien muchos de los relatos incluidos en esos dos primeros libros poseen referentes históricos o culturales precisos, hay una clara intención de privilegiar la imaginación, la ambigüedad y la absoluta libertad narrativa, exigiendo al lector su complicidad para incursionar en mundos donde priva la irreverencia ante las “verdades” establecidas y la imaginación desaforada por los rípios de una erudición que se parodia y se combate con erudición.

¿Sonó enrevesado?

Atrapemos y agreguemos algunas palabras claves para entrar con buen pie en la obra de Denzil: irreverencia, parodia, discrepancia, desafuero verbal con enumeraciones que se multiplican malthusianamente, invenciones de palabras que van siendo dadas a luz por imperiosa necesidad de nombrar los productos de una imaginación expandida e inconforme, erotismo enlupado, es decir: distorsionado por efecto de una lupa que agranda no sólo los detalles sexuales, sino el deseo de los amantes hasta límites hiperrealistas, coherentes con la erótica de los textos mismos, donde las palabras se multiplican cual carcinomas mezclando goce estético con explosión de todos los sentidos, pasando sin previo aviso de lo porno a lo sublime, de lo carnal a lo celeste, de lo sadomasoquista al amor cándido, tierno, romántico. Pero no acaba aquí la enumeración. La escritura de Denzil es tan avasallante, que, aún con mi estilo sintético y de amor por lo breve, no alcanza lo dicho para medio nombrar algunas claves básicas de su obra. Así pues, sigamos: intertextualidad, sabotaje de discursos históricos, reinventiones biográficas, cuestionamiento perpetuo de realidades ya dadas para truncarlas en nuevas certidumbres llenas de inciertos perturbadores, insaciabilidad, burla, y nuevamente irreverencia, fabulación, invención, falsificación, sentido lúdico y mucha más irreverencia.

Narrador jugueteón como pocos, Denzil Romero hace de cicerón para sus lectores al llevarlos de la mano a conocer mundos singulares con hechos y personajes de las más variadas épocas históricas. Pero no crean que es un cicerón del que hay que fiarse, pues, así como, en plena historia de un personaje del siglo XIX, puede meterle anacronismos sin vaselina, también ideará: capa cobre capa, nuevas historias, nuevos datos muchas veces apócrifos en medio de latinajos o frases en cualquier idioma y si usted espera explicaciones, vaya trocando su exigencia en risa, complicidad, amplitud visual, porque la realidad no existe, y lo que usted ha visto, leído o recibido como verdad suprema, le será ahora cuestionado en aras de esa otra realidad fabricada por un narrador de singular estirpe, siempre inconforme, siempre falsificador, creador, hombre de apuestas: la palabra o la vida, aunque esta última se le fuera en ello.

Y es que Denzil Romero, en toda su obra, hace gala de una escritura generadora, capaz de liberar al lenguaje del automatismo perceptivo, proponiendo así una nueva manera de advertir el mundo que podría ilustrarse con la famosa frase de Tzara que sirve de epígrafe a uno de sus cuentos: *Hace falta abrir un ojo nuevo en tanta muerta claridad.*

A diferencia de la experiencia mística que, como manifestación de espiritualidad absoluta se encuentra con el silencio, la excelsa manifes-

tación de lo literario es la palabra, que refiere un mundo y lo aprehende, aún a sabiendas de que la realidad y la imaginación exceden el lenguaje. Por eso la invención de nuevos vocablos, así como la enumeración y reiteración. En la obra de Denzil Romero, la necesidad de abarcarlo todo con el lenguaje es aspiración de totalidad. Se trata de un anhelo del hombre para el hombre (la mujer ídem), centrado en una búsqueda por contrarrestar la dispersión de los productos del espíritu humano en el tiempo y el espacio.

En toda la obra de Romero hay una aspiración a la perpetuación de lo humano, superando tiempo y espacio por intermedio de la cultura; pero ésta (y aquí va incluida la historia) no se hace equivaler a una noción estática, ya que ello significaría su muerte. Por el contrario, la cultura -de acuerdo a la propuesta de Romero- vive gracias a su capacidad de nutrirse de todo lo humano que logra vencer a la muerte.

Creo que la obra de Denzil Romero, en su conjunto, propone la necesidad de vivir sucesivas vidas por medio del conocimiento de toda la cultura vertida en lenguaje (artístico, filosófico, erótico, científico, literario), para así contrarrestar el efecto del tiempo, y, cual Aleph, alcanzar, durante la cronología vital, una concentración de la humanidad en el ser: todo el pensamiento, toda la experiencia, en una sola experiencia que nos permita abordar el presente con pasión y sin pasividad.

El ser humano, aislado, es finito y posee una cronología vital corta. Visto como humanidad es imperecedero, y lo es gracias al lenguaje. He ahí la propuesta de Denzil Romero, coherente con su magistral y barroquísimo uso de la lengua.